

de Barba Azul de la Comunicación Organizada y de la Academia Universitaria, Octavio Paz, Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis representan los penúltimos avatares de la independencia intelectual aliada a la popularidad, de la crítica que ha sabido hacer de la sobrevivencia en y más allá del mercado un estilo de vida y una obra de arte.

Desde otro confín, el ensayo mexicano centrado en el conocimiento y el saber de lo político, ha tenido sin duda figuras presentes en toda la extensión del calendario desde las pautas polémicas de Octavio Paz, Daniel Cosío Villegas o Gastón García Cantú, los excursos sociológicos de Pablo González Casanova o Enrique González Pedrero, hasta la elocuencia forense de Jesús Reyes Heróles y Alfonso García Robles (Premio Nobel de la Paz). De ese vasto altiplano de la prosa de la polis, destaquemos aquí el caso de Rafael Segovia, uno de los politólogos mexicanos más distinguidos no sólo por su sólida formación y sus aportaciones a la investigación y a la vida académica mexicana, sino por su prosa preñada de inspiración literaria. Su obra más conocida es la consagrada a la formación política del niño mexicano que renovó la disciplina y sigue siendo un punto ineludible —*incontourbable*— no sólo para los especialistas. Discípulo de Raymond Aron, Segovia ha ido dejando constancia inteligente del debate político mexicano en ensayos que se recapitulan en *Lapidaria política*. Además, ha sido el guía y el partero de numerosas inteligencias consagradas al conocimiento de lo político y que han producido en ese campo teórico no pocas contribuciones estimables al ensayo mexicano. Soledad Loaeza y Luis F. Aguilar son dos de los ensayistas en quienes se podría discernir esa huella. Otros escritores que han practicado el ensayo político con instrumental diverso pero con brío, elocuencia, pensamiento y prosa, además de los mencionados son: Carlos Fuentes, Gabriel Careaga, Adolfo Gilly, y entre los más jóvenes, Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze, Federico Reyes Heróles, Mauricio Merino (autor de *La democracia pendiente*), Jaime Sánchez Susarrey, Sergio Sarmiento y Fernando Escalante (autor de un bien escrito y provocador *El Principito o Al político del porvenir*). Un renglón aparte merece Roger Bartra, antropólogo, sociólogo e historiador de las ideas que ha contribuido a enriquecer el debate mexicano con libros como *La jaula de la melancolía*, donde aspira a formalizar la discusión cultural y política. Como ensayista situado a medio camino de las ideas y de la literatura, su obra más perdurable hasta ahora parece ser *El salvaje en el espejo*, historiografía de un tropo medieval, el hombre del bosque, que luego reencarnará en el familiar buen salvaje, tan próximo a nosotros, los buenos mexicanos. Otro observador político es Jean Meyer, originalmente historiador y autor de una paradigmática historia de la *Cristiada*, la guerra religiosa en México, ha ejercido desde hace algunos

años una escrupulosa tarea de exposición de los acontecimientos y transiciones en la hoy, de nuevo, Rusia. Aunque sus ensayos son de corte histórico, su visión es de tal modo rigurosa, el *casting* de sus montajes tan impecable, que hemos caído en la tentación de afiliarlo a los ensayistas de la polis. Pertenece, por otro lado, a un pequeño grupo de estudiosos europeos que, para seguir siéndolo, han elegido aclimatarse en México como la también francesa Fabienne Bradu o los ingleses James Valender y Anthony Stanton, estudiosos los tres de nuestras letras.

Este repaso de las disciplinas afluentes que nutren la corriente principal del ensayo produciendo un delta donde se imbrican aguas y territorios, no podría estar completo si no mencionásemos, aunque sólo sea a título de apunte cartográfico, la presencia cada vez más nutrida de psicólogos, biólogos, médicos y científicos de diversa estirpe técnica que llegan a navegar en las aguas no siempre mansas de la prosa con fortuna y buen gobierno. Por lo pronto, reconozcamos que en modo alguno es nueva la tradición que ha hecho de algunos científicos también buenos escritores: entre nosotros recordemos el caso de Manuel Martínez Báez, eminente médico, quien además de sus trabajos especializados escribió un fino y perspicaz ensayo sobre el entomólogo Fabre al que también tradujo. O el caso del mismo Ignacio Chávez, cardiólogo, amigo de Alfonso Reyes y de las letras, como dejan ver no pocas de sus conferencias. Más recientemente, Ruy Pérez Tamayo ha producido algunos libros, entre los que destaca por su erudición y agudeza *El concepto de enfermedad*. El psicólogo Héctor Pérez Rincón se ha ocupado de cuestiones relativas a las letras como en el caso de sus estudios sobre Jorge Cuesta. José Sarukhán, hoy rector de la UNAM, ha expuesto y revisado con llaneza didáctica y limpieza crítica ciertas filiaciones y argumentaciones de Darwin. Luis Gonzales de Alba practica desde hace años la difusión de la ciencia disolviendo creencias y haciendo plausible causa civil del combate contra la estupidez. Julio Frenk, Antonio Lazcano, Daniel López Acuña y Carlos López Beltrán han contribuido con fortuna ensayística a la socialización del conocimiento científico, tal vez conscientes de que el porvenir de la ciencia en un país de desarrollo desigual, no puede prescindir de un ingrediente mínimo de difusión y socialización. Así lo han entendido los editores de la serie «La ciencia desde México», que ya ha publicado más de cien títulos con no poco éxito comercial, académico y de crítica. El campo de la ciencia asociado al ensayo es tan vasto que merecería por sí mismo un panorama específico.

Pero sin duda la veta donde con mayor intensidad y calidad florece el ensayo mexicano actual es la de la crítica literaria, la de la prosa consciente cuyo asunto es la literatura. Abren desde luego esta carta los ya

mencionados Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Alejandro Rossi, todos ensayistas de raza, observadores críticos de insoslayable relevancia literaria. A Paz, por ejemplo, le debemos una formulación articulada de la historia literaria mexicana que arranca del libro sobre Sor Juana y culmina en *Generaciones y semblanzas*, el tomo donde recapitula esa historia. Fuentes, a través de libros como *Valiente mundo nuevo* y *Geografía de la novela*, amén de *El espejo enterrado*, aspira a construir una nueva ecumene para la novela, con raíces en la historia y la intrahistoria, la literatura y el mito. Gabriel Zaid no sólo ha sabido ver la historia de nuestra cultura desde el otro lado del espejo laico sino que ha hecho del andar camino y del camino método, dando una perdurable y atingente lección de sentido crítico a través de libros como *La poesía en la práctica* y *Para leer en bicicleta*. José Emilio Pacheco no ha publicado por su parte ningún libro mayor de crítica, pero sus estudios y ensayos de letras mexicanas —como los dedicados a Alfonso Reyes, Ramón López Velarde, Salvador Díaz Mirón y Federico Gamboa— lo sabrán mantener presente en cualquier antología del género. Otro caso, en cierto modo comparable, es el de Carlos Monsiváis, cuyos libros sólo recogen en forma mínima su tarea como observador de nuestra literatura, en la que destacan, por sólo registrar un par de ejemplos, sus ensayos sobre la novela de la revolución y sobre la poesía mexicana contemporánea. De Alejandro Rossi, crítico literario, es memorable su ensayo sobre José Ortega y Gasset donde *salva* desde dentro al personaje y propone una lectura singular de su biografía intelectual. Con él se da una formulación ensayística donde crítica, experiencia personal, imaginación literaria, voluntad de estilo y decisión de pensamiento fraguan un proyecto ensayístico íntegro que parece superar por momentos el destino centauro, híbrido, del género.

Es cierto: la crítica literaria vive tensa entre la cátedra y el periodismo, entre la plaza mercenaria y el Castillo de Barba Azul. Los lectores competentes y a la vez desinteresados parecen estar en extinción y a veces se puede tener la impresión de que el lector es un acróbata solitario en el centro de un estadio lleno. La crítica literaria puede ser rigurosa y aspirar a través de la severidad técnica a una cierta condición no alejada de la objetividad que raya en ciencia o puede ahondar en la reflexión y en la sensibilidad personal y edificar a través del comercio intelectual e imaginario vastos paisajes donde se recrea e inventa una cultura, como sugiere Fernando Savater. Entre esas instancias, del gabinete literario a una conversación de amplitud variable, se mueven los autores del siguiente movimiento. En el rubro de la crítica y del ensayo que con mayor peso filológico y autoridad nacida del amor a los textos se ejerce en el ámbito